

miento de la Virgen.—Considera cómo, aunque Cristo nuestro Señor solamente dijo en voz alta las palabras referidas, que son principio del salmo XXI, que trata de su Pasión, piamente se puede creer que en secreto prosiguió todo este salmo, contando á su Padre todos los trabajos que están expresados allí; pero con mayores ansias diría aquellas palabras: «Libra, Señor, mi alma del cuchillo, y defiende á la única querida mía del poder del perro; sácame de la boca del león, y libra mi pequeñez de los cuernos del unicornio». Llama cuchillo á la muerte á que está condenada por la divina justicia, y perro á Caifás con los demás perseguidores que mordían su fama; león á Pilatos con los ministros y soldados que le despreciaban y afligían con aquellos tormentos, y unicornios á los poderes de las tinieblas infernales que solicitaban á sus enemigos contra Él. Estas palabras diría con gran sentimiento, conforme á lo que de Él dice san Pablo: «Que en los días de su carne hizo oración con gran clamor y lágrimas al que le podía salvar y librar de la muerte». Considera también aquí el sentimiento grande que tendría la Virgen cuando oyó decir á su Hijo estas lastimosas palabras; las cuales, en entrando por sus oídos, penetraron su corazón, y al momento lo levantó al Eterno Padre, suplicándole que no desamparase á su afligido Hijo; y como Ella sabía también los salmos de David, es de creer que cuando el divino cantor con voz llorosa comenzó este salmo en el facistol de la cruz, Ella juntamente le proseguiría en su corazón, doliéndose de los tormentos que allí se van contando de su Hijo, teniendo á la vista el cumplimiento de tales profecías. ¡Oh Madre afligidísima! Ahora pagáis, como nueva Eva, la conversación libre é imprudente que la primera tuvo con la serpiente junto al árbol del paraíso. Si aquella conversación ocasionó nuestra muerte, la que Vos tenéis con vuestro Hijo será causa de nuestra vida. Proseguid orando; y, como Madre, enseñadnos á que os imitemos en vuestra compasión, devoción, fervor y perseverancia en los trabajos. ¿Lo hemos hecho de este modo? ¿Acompañamos á María en su dolor? Y en nuestras penas, ¿seguimos el ejemplo que nos ha dado Jesús, orando fervientemente en las suyas?

Epílogo y coloquios. ¡Oh poder infinito del Señor! En medio del día, contra todas las leyes de la naturaleza, hace que el sol recoja sus rayos, y deje á la tierra sepultada en obscuras tinieblas por espacio de tres horas. De este modo manifiesta Dios la indignación que tiene contra aquel pueblo ingrato que ha crucificado á su Hijo; así la naturaleza entera muestra tristeza y viste de luto por la muerte de su Creador; de esta manera Jesús se ve libre de las molestias de sus enemigos y del bullicio de la gente, y puede tranquilamente entregarse á la oración recogida.

¹ Hebr., v. 7.

Así se pasan tres horas entre dolores acerbos, tormentos indecibles y oración altísima. Pasadas las cuales alza Jesús la voz nuevamente, y con acento lloroso y entonación triste, dice: «Dios mío, Dios mío: ¿por qué me desamparaste?» ¡Oh! ¡Cuán terrible sería este desamparo cuando el mismo Cristo se queja amorosamente de él! Sin duda que el Padre celestial dejaría padecer á aquella bendita Humanidad sin ningún consuelo ni alivio. Sin duda que Jesús sentiría todo el dolor corporal de que es susceptible el hombre, mientras está en este mundo, y toda la tristeza y congoja espiritual que puede sufrir un alma que todavía es viadora. Mas Él insiste en la oración, acompañado de su dulce Madre, que con Él ora, llora, suspira y padece. Y nosotros, ¿qué hacemos? ¿No acompañamos á Jesús en su oración? ¿No nos compadecemos de su desamparo? ¿Le hemos desamparado pecando? Y ¿no lloramos nuestras culpas? ¡Qué ingratitud y locura es la nuestra! Entremos dentro de nuestro corazón; examinemos qué siente al meditar los tormentos del Señor; y para conformar con los suyos nuestros afectos, formemos resoluciones muy particulares y prácticas, pidiendo con humildad y confianza la gracia necesaria para su cumplimiento.

63.—QUINTA PALABRA: TENGO SED.

PRELUDIO 1.º Teniendo Jesús ardiente sed, dijo: «Sed tengo», y le dieron á beber vinagre.

PRELUDIO 2.º Representate á Jesús crucificado diciendo esta palabra.

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de compadecerte de Jesús, y aliviarle su sed del modo que puedas.

Punto 1.º Sed corporal de Jesús.—Sabido Jesucristo que todas las cosas estaban cumplidas, para que se cumpliese la Escritura, dijo: «Sed tengo». Considera aquí primeramente la terrible sed corporal que Jesucristo nuestro Señor padecía en la Cruz. Desde la noche anterior no había bebido una sola gota de agua, y en todo este tiempo había padecido grandes trabajos, andado muy aprisa muchas jornadas, y vertido mucha sangre con los azotes y espinas, y sobre todo en la cruz, por las cuatro heridas de pies y manos, en las tres horas que hacía que estaba en ella colgado. Esta sed había profetizado David, diciendo en el salmo XXI en la persona de Cristo: «Mi virtud se secó como una teja, y mi lengua se pegó al paladar, y llegué á estar como polvo, á punto de perecer». Con ser esta sed tan ardiente, la sufrió y disimuló el Señor hasta que estaba para espirar; y si entonces la declaró, no fué porque desease ningún alivio, ni refrigerio alguno, sino para que supiésemos lo que padecía en castigo de

¹ Joan., xix, 28.

nuestras glotonerías y embriagueces, y se lo agradeciésemos, alentándonos á padecer semejante sed por su amor, teniendo paciencia cuando nos viéremos acosados de ella, acordándonos que así como las glotonerías del Epulón pararon en sed rabiosa y eterna, así la sed de Jesús terminó en eterno refrigerio, y lo mismo sucederá en nosotros. ¡Oh valeroso Sansón, que, después de haber muerto á vuestros enemigos, tenéis sed mortal! Pedid á vuestro Padre que de esa cruz con que los vencéis saque una fuente con que se apague vuestra sed. ¡Oh piedra viva y pedernal de fuego amoroso! Pues estáis herido con la vara de la cruz, brotad como la piedra que hirió Moisés¹ alguna fuente de agua, con que refresquéis vuestra afligida lengua. Mas ya veo, Señor, que vuestra caridad no quiere sino brotar arroyos de sangre para lavar nuestras culpas, pues su refrigerio es padecer mucho por librarnos de ellas. Por vuestra sed os suplico me deis paciencia y templanza para que ni la falta de la bebida me turbe, ni su abundancia me desordene. ¿Sufrimos nosotros con paciencia, si alguna vez experimentamos las molestias de la sed? ¿Nos compadecemos de la sed de Jesús? ¿Nos ha arrastrado alguna vez la des-templanza?

Punto 2.º *Otras clases de sed que sintió Cristo.*—Demás de la sed corporal, afligieron al divino Jesús otras tres suertes de sed, por las cuales dijo: «Sed tengo». La primera fué una insaciable sed de obedecer, con la cual deseó cumplir la voluntad de Dios en todas las cosas, sin dejar una jota, ni una tilde, ni cosa alguna, por penosa que fuese; y como sabía que era voluntad del Padre que en su sed le diesen vinagre, no quiso dejar de cumplirla, y por esto dice que tiene sed, no tanto de beber agua, cuanto de gustar aquel vinagre por obedecerle. La segunda sed fué un entrañable deseo de padecer por nuestro amor; porque por mucho que había padecido, deseaba padecer mucho más, y sin duda lo padeciera, si esta fuera la voluntad de su Padre. Y como le faltaba por padecer la bebida del vinagre, dijo: «Sed tengo». Y no lo dijo para pedir refrigerio, sino por padecer nuevo tormento. Y así manifestó sencillamente su necesidad, sin alegar razones ni causas para persuadir que le diesen de beber; ni aun lo pidió expresamente; sino sólo dijo: «Sed tengo»; como si dijera: Esta necesidad padezco; vosotros ved si la queréis remediar, y el cómo y el cuándo la remediaréis. En lo cual enseña á todos, especialmente á los religiosos, el modo de representar sus necesidades corporales á los prelados, contentándose con declararlas sencillamente, dejando su remedio á la prudencia y providencia de ellos. La última sed fué de la salvación de las almas que con su Pasión redimía, deseando que su sangre aprovechase á todos, y que todos sirviesen á su Padre, y le die-

¹ Exod., xvii, 6.

sen la gloria y culto debido como á Dios, porque siempre el celo ardiente de la casa de Dios le comía las entrañas, y de aquí procedía esta sed que con mayores ansias padeció en la cruz. En especial, has de ponderar la sed que allí tuvo de tu salvación y de que le sirvieses con perfección, dándole gracias por ella, y animándote á darle de beber para refrigerar su sed. ¡Oh alma mía! Mira las varias suertes de sed que padece tu Señor: sed de obedecer á su Padre, sed de padecer por su amor, y sed de la salvación de las almas. ¡Ah! Él te está diciendo: Tengo sed de que seas humilde, obediente, paciente. ¿No procurarás aliviarle esta sed? ¿No tienes sed de obedecer á sus mandatos, de padecer por su gloria, de que se conviertan los pecadores?

Punto 3.º *Los judíos dieron á Jesús vinagre.*—Estaba allí una vasija llena de vinagre, y corriendo luego un soldado, tomó una esponja, y, empapándola en el vinagre, la puso sobre una caña, y la juntó á la boca de Cristo para que bebiese. En lo cual has de considerar la terrible escasez y crueldad del hombre contra Dios, y la inmensa largueza y bondad de Dios para con el hombre; porque no pudo ser mayor liberalidad que derramar Dios toda la sangre de sus venas, sin dejar gota, para el bien del hombre; ni pudo ser mayor cortedad y villanía que en este tiempo no dar el hombre ningún alivio á la sed de Dios. Pero, particularizando esto, has de ponderar el desamparo de Cristo en esta su sed, sin tener quien se compadeciese de Él y le diese agua con que refrescarse, sino vinagre, y aun éste mezclado con la hierba del hisopo, mortal y desabrida. Mas, su Majestad sufrió este trabajo con admirable paciencia y silencio, sin quejarse ni decir palabra de indignación, para darnos ejemplo de sufrimiento y para librarnos de la sed eterna que por nuestros pecados merecíamos en el infierno. ¡Cuán digno de toda alabanza, bendición y agradecimiento es este Señor, que quiso sujetarse á un desamparo, semejante en algo al de los condenados, para preservar de él á sus enemigos! Pondera también la aficción de Cristo nuestro Señor en la sed espiritual que allí padecía, cuando en aquella esponja, llena de vinagre, sobre la caña, consideró la bebida que le habían de dar muchos pecadores, dándole sus corazones fofos para lo bueno, llenos del vinagre ácido del pecado, puestos sobre la caña movediza de la vanidad y mutabilidad de su carne. ¡Oh Salvador mío! ¡Cuán diferente bebida me dáis para hartar mi sed, de la que yo os doy para apagar la vuestra! Por la esponja llena de vinagre sobre la caña de hisopo, me dáis vuestra santísima carne, mezclada con vuestra preciosa sangre, exprimida en esa caña de la cruz; y con ella me rociáis como con hisopo para que quede limpio, y me embriagáis como con vino para llenarme de vuestro amor. ¿Qué os daré, Señor, por tal caridad? ¿Qué le damos nosotros? ¿Imitamos á los malvados judíos, dándole vinagre en retorno de su amor?

¿Correspondemos á sus beneficios con nuevas y graves ingratitudes?

Epílogo y coloquios. ¡Qué sed tan ardiente abrasaba las entrañas de Jesucristo, suspendido en la cruz! Veinte horas á lo menos habría pasado sin beber una gota de agua, y en tan largo espacio de tiempo no había podido descansar ni un minuto, empleándolo todo, ó en pesados viajes, ó en sufrir escarnios é injurias dolorosas, sudando, no sólo sudor de congoja y cansancio, sino abundantes gotas de sangre, de la cual su cuerpo había quedado casi exhausto, por la mucha que con los azotes, espinas y clavos había derramado. Razón tenía para decir: «Sed tengo». Sin embargo, si le aflige la sed corporal, mucho mayor y más intensa es la sed espiritual que siente. Tiene sed de obedecer á su Padre celestial; sed de sufrir nuevos tormentos y trabajos por su amor y por el bien de los hombres; sed de que se salven las almas que ha redimido con su sangre, y de librarlas de la sed eterna, y de que se santifiquen; y estas suertes de sed manifiesta, al decir: «Sed tengo». Mas, ¡oh crueldad, villanía y perversidad de los hombres! Viendo á su Dios y Señor en tal aprieto y agobio, en vez de darle por alivio un vaso de agua fresca, le dan vinagre. ¡Cuánto padecería el corazón de Jesucristo al ver tanta dureza! ¡Cuánto más le afligiría el pensar que así habíamos de obrar nosotros, después de haber recibido de Él inmensos favores! ¿Y hemos sido tan ingratos con Jesús? ¿Le hemos aumentado su aflicción con nuevos pecados? ¿No procuraremos calmar de hoy más su sed, trabajando con fervor en el negocio de nuestra salvación, aceptando con alegría todos los trabajos, y obedeciendo en todas las cosas por su amor? ¿Qué propósitos hemos de hacer al efecto? Pensémoslo atentamente, y, conociendo lo que hemos de resolver, hagámoslo con decisión; mas, convencidos de nuestra nada, busquemos en la oración las fuerzas que necesitamos y el remedio de todos los males.

64.—SEXTA PALABRA: «CONSUMMATUM EST».

PRELUDIO 1.º En recibiendo Jesús el vinagre, dijo: *Consummatum est*; significando que estaban terminados sus trabajos, cumplidos los fines de su venida, y las profecías.

PRELUDIO 2.º Representate á Jesucristo en la cruz, diciendo esta palabra.

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de obrar de tal modo durante tu vida, que en la muerte puedas decir tranquilo esta palabra del Señor.

Punto 1.º Con la sexta palabra significó Jesús que había padecido todo cuanto quería su Padre.—En recibiendo Jesús el vinagre, dijo ¹: *Consummatum est*. Acabado es. Y ésta fué la sexta palabra que se dignó hablar desde la cruz, después de ha-

¹ Joan., xix, 30.

ber bebido algún poco de vinagre, para que se entendiese el fin con que había dicho que tenía sed; y así, gustada aquella bebida, con la cual daba fin á sus trabajos, dijo: *Consummatum est*. Acabado y cumplido está ya todo. Considera primeramente cómo Jesucristo en este momento puso los ojos en todos los trabajos y tormentos que su Padre Eterno quiso padeciese, desde el instante de su encarnación hasta el punto en que estaba, que era el fin de su Pasión y de su vida; pasando por la memoria los trabajos de su nacimiento y circuncisión, los de su destierro en Egipto, los de su predicación por Judea y Galilea, y últimamente los de su Pasión; y viendo cómo todos estaban cumplidos enteramente, sin faltar ninguno, consolóse grandemente de ver que hubiese llegado al fin de sus trabajos, tan á gusto de su Eterno Padre; y con un afecto de reconocimiento y agradecimiento, dijo: *Consummatum est*; acabado es todo cuanto mi Padre me mandó padecer. Y es de creer que repetiría la oración que hizo en el cenáculo dándole gracias por esta obra, diciendo ¹: «Gracias te doy, Padre mío, porque me has traído á esta hora tan deseada para Mí: Yo te he clarificado en la tierra, y he acabado la obra que me encomendaste; Yo te la ofrezco por la redención del mundo, y para que todos sean clarificados por Mí». ¡Oh Redentor mío! Vos decíais ²: Con un bautismo he de ser bautizado; ¿cómo me aflijo hasta que le vea cumplido? Cese ya vuestra aflicción, pues ya está acabado este bautismo; y si la esperanza que se dilataba afligía vuestro corazón ³, el cumplimiento de vuestro deseo sea para Vos árbol de vida: séalo también para nosotros, ¡oh Dios de bondad!, cogiendo el fruto que en el árbol de la cruz habéis brotado. Pero, ¿podemos decir, como Jesús: *Consummatum est*; hemos sufrido los trabajos que quería nuestro Padre? ¿No nos quejamos de las tribulaciones que nos manda? ¿Recibimos con paciencia las cruces que nos envía ó permite?

Punto 2.º Con esta palabra significa Jesús que ha llenado los fines de su venida al mundo.—Considera cómo Jesucristo, al decir la sexta palabra, puso los ojos en todos los fines de su venida al mundo, y en los oficios que su Padre le había encargado, pasando por su memoria cómo su venida fué para satisfacer por el pecado de Adán; porque vino á quebrantar la cabeza de la serpiente infernal, á destruir la muerte y el infierno, á abrir las puertas del cielo, á enseñar como maestro la doctrina de la perfección, á dar heroico ejemplo de todas las virtudes, á entablar los consejos evangélicos, y á instituir Sacramentos y sacrificios propios de la nueva ley. Y habiendo visto cómo de su parte había hecho todo lo necesario para conseguir estos fines, y cumplido enteramente todos sus oficios, con grande contento dijo: *Consummatum est*: ya es acabado todo lo que pretendí

¹ Joan., xvii, 4. — ² Luc., xii, 50. — ³ Prov., xiii, 12.

con mi venida al mundo: ya he concluido la consumación y abreviación que había de hacer en medio de la tierra ¹, de la cual pueda nacer abundancia de santidad en el mundo, acabándose la indignación que contra él tenía. Ya también se han cumplido las semanas de Daniel ², en las cuales se había de acabar la prevaricación, y tener fin el pecado, y borrarse la maldad, y venir la justicia sempiterna, y cumplirse toda profecía. Ya, finalmente, he cumplido de mi parte todo lo necesario para que mis escogidos sean consumados ³ y acabados en unión de caridad, como Yo y mi Padre lo deseamos. ¡Oh perfectísimo Salvador del mundo! Gracias os doy por lo bien que habéis cumplido vuestros oficios y acabado la obra de nuestra redención; suplicoos, Señor, que acabéis también en mí la obra que habéis comenzado, consumiendo en mí todo pecado, comunicándome cumplida y consumadamente vuestra justicia, para que cuando mi vida se acabare, sea yo en vuestros ojos acabado y consumado en toda virtud. Para esto, ¿cooperas, alma mía, debidamente á la gracia del Señor? ¿Qué destino tienes en el mundo, ó en el estado ú oficio en que te hallas? ¿Cómo llenas los deberes que te impone?

Punto 3.º *Jesús con esta palabra significó que se habían cumplido las profecías.*—Considera cómo Jesús, al proferir la sexta palabra, puso los ojos en todas las sombras y figuras de su venida, que se habían sucedido desde el principio del mundo hasta entonces; y en especial en los sacrificios y ceremonias de la ley vieja, y en las cosas que los profetas habían dicho, para representar todo lo que había de hacer y padecer en el mundo, y viendo cómo todo esto estaba cumplido, dijo: *Consummatum est*; acabado es todo lo que era sombra y figura: acabados son los sacrificios y ceremonias antiguas; acabada es ya la ley de la circuncisión con las cargas intolerables que traía consigo; cumplida es ya la ley y los profetas, pues no vine á quebrantarla, sino á cumplirla ⁴; porque el cielo y la tierra faltarán antes que se deje de cumplir una jota ó una tilde de todo cuanto en ella se dice. Últimamente: has de ponderar cómo este divino Señor que está en este doloroso trono para espirar, volverá el día del juicio en un trono de gloria para juzgar; y habiendo dividido á buenos de malos, y sentenciando á unos y otros según sus obras, dirá también esta palabra: *Consummatum est*. Ya es acabado el mundo y su gloria vana: ya es acabado el tiempo de merecer y de desmerecer: ya son acabados los deleites de los malos y los trabajos de los buenos: ya es acabado el poderío y reino del demonio para tentar y engañar de nuevo á los hombres: ya es acabado y cumplido el número de los escogidos para el cielo, y su medida ha llegado á cumplimiento y perfección. Y esto mismo proporcionalmente te dirá á ti en la hora de tu muerte, cuando venga á juz-

¹ Isai., x, 23. — ² Dan., ix, 24. — ³ Joan., xvii, 23 — ⁴ Matth., v, 17.

garte, pues para ti todo esto se acaba en aquella hora. ¡Oh Juez supremo de los hombres! Pues que vuestra justicia será en aquel día tan cumplida y consumada como lo ha sido vuestra misericordia, cumplid ahora en mí vuestra misericordia, llenándome de gracia y de merecimientos, para que después cumpláis en mí vuestra justicia, dándome la corona de ellos en vuestra gloria. ¿Seremos nosotros tan felices, que podamos decir en aquel momento ¹: He cumplido mi carrera y guardado mi fe? ¿Podríamos hablar así, si nos saltease ahora la muerte? ¿Hemos trabajado por nuestra santificación, utilizando los medios que tenemos?

Epílogo y coloquios. ¡Dichoso aquel que, próximo á morir, pueda decir con verdad la sexta palabra de Cristo en la cruz! Acababa de probar este Señor la bebida del vinagre, cumpliendo la última de las profecías, que versaba acerca de sus tormentos, y dando una mirada retrospectiva á todo el cuadro de dolores, tormentos, aflicciones, tristezas y demás penalidades que habían anunciado los profetas acerca de Él, y que su Padre eterno había ordenado, y viendo que había ya pasado por todo, y que no quedaba nada que sufrir de lo que estaba dispuesto, dijo: *Consummatum est*. Tiende también su vista por todos los oficios que había de hacer en el mundo, los ministerios que había de cumplir, los fines que había de llenar, las obras que había de realizar, y viendo que ha sido para la humanidad médico piadoso, maestro sapientísimo, pastor amorosísimo, Redentor abundantísimo, luz, guía, consuelo, todo, lleno de contento, dice *Consummatum est*. Vuelve sus ojos á las figuras y profecías que de Él se habían escrito, á las ceremonias que le representaban y á todos los acontecimientos de la antigüedad que tenían carácter de tipos; y observando que todo está cumplido, dice: *Consummatum est*. ¡Ah! Del modo que Él cumplió con todo, quiere que nosotros también cumplamos, y en el día del juicio vendrá á pedirnos cuenta si podemos con verdad decir esta palabra, y nos anunciará que para nosotros ha llegado el fin y consumación. ¡Qué temblor y espanto si no podemos decir: *Consummatum est*, todo está cumplido de la manera que debía! Pues, ¿qué nos conviene ahora hacer? ¡Ah! Quizá está muy cercano este momento terrible. Miremos lo que nos importa ahora; propongamos con eficacia y bajando muy al particular acerca de lo que hemos de hacer; pidamos con fervorosos coloquios las gracias que nos son necesarias, tanto para nosotros como para todo el mundo.

¹ II Tim., iv, 7.